

EL NIÑO LUCERO Y OTROS RELATOS

Manuel Cubero Urbano

EL NIÑO LUCERO Y OTROS RELATOS

EL NIÑO LUCERO

Cuentan que en un lejano país, hace muchos, muchos años, vivía un niño tan pequeño que todos se reían de él. Dicen los más viejos del lugar que garbancito, el del cuento, era mucho más grande.

Pues bien, debéis saber que, como era tan humilde, sólo tenía la protección de su pobre madre, viuda desde que el crío apenas tuvo un mes. Tendría siete u ocho años cuando, durante un crudo invierno, la madre cayó enferma. El niño fue vendiendo todo lo que tenían para poder llevar a su madre algo de comida, pero llegó el momento en que ya no tenía dinero ni siquiera para pagar la leche que ésta necesitaba. Tanta era su soledad que casi nadie en el pueblo se enteró de su muerte.

El niño, al quedarse huérfano, cogió un hato de ropa y salió camino de ninguna parte. Recorrió varios pueblecitos buscando alguna familia que lo acogiese en su seno...

-¿Y qué sabes hacer tú, tan pequeño...? –le preguntaban despectivamente y sin prestarle la más mínima atención.

-Puedo hacer los recados –contestaba.

-Sí, y cuando vayas al mercado por garbanzos, tendrás que traerlos de uno en uno... –le objetaban con un cierto desprecio.

Nuestro amiguito comprendía que con su tamaño podía ser de poca utilidad y, por eso, no se enfadaba cuando le decía estas cosas...

Al contrario, un día vio a una niña, aún más pobre que él, que jugaba con un muñequito viejo y roto. Se quedó un buen rato haciéndole compañía, y tras preguntarle si podía tener acogida en su casa, ésta le contó lo pobres que eran y cómo no tenían ni para comer.

-Imagínate con una boca más, aunque sea tan pequeñita como la tuya –le respondió la niña.

Nuestro amiguito, comprendiendo sus palabras, y al ver que estaba descalza, sacó de su zurrón unos zapatos que llevaba y se los regaló. Durante varios días compartieron su pan y su pobreza hasta que una mañana, salió de la aldea camino de un pueblo cercano. Cuando llevaba un buen rato caminando, comenzó a llover y llover... Recordando el cuento de garbancito, se refugió bajo una gran lechuga que crecía a la orilla del camino.

-Vaya -se dijo en voz alta-, ahora sólo faltaba que, como en el cuento de garbancito, pasara un buey y me tragase.

Aquello fue como una premonición. En ese momento, el buey más glotón de la comarca, que pasaba por allí camino de su establo, se fijó en aquella hermosa lechuga que crecía junto al camino.

-¡Uhhmm! -mugió-, ¿cómo se me habrá podido pasar a mí esta hermosa lechuga? Me la zamparé aunque reviente, je, je, je.

Y efectivamente, nuestro buey se acercó a la lechuga, la olisqueó... y se la tragó de un sólo bocado.

Algo extraño sucedió inmediatamente. Como había comido tanto, el animal comenzó a engordar sin poder hacer nada por evitarlo, e inflaba como si fuese un globo gigantesco. Cuanto más se inflaba, más subía y subía. Atravesó una nube, después, otra, y otra...

Bajo sus patas, los campos de huertas, se veían cada vez más lejanos. Hasta las montañas se iban quedando abajo y se convertían en pequeñas arrugas de aquella gigantesca naranja verde y azul que se confundía con las estrellas.

Tanto subió que, muy pronto, se encontró flotando en una nube de estrellas.

Tan inflado estaba ya, que era más gordo que muchas de sus nuevas vecinas.

El buey observaba, sorprendido, a aquellas vecinas, hasta que, de pronto, subyugado por la hermosura de una de aquellas estrellas tan grandotas y luminosas, se aproximó a ella y... ¡PUM! Estalló convirtiéndose en polvo de estrellas.

El niño, por su parte, se transformó en un lucero brillante, pero tan pequeño que, entre aquellas inmensas luminarias del cielo, apenas era un minúsculo puntito. Para abultar un poco más a fin de que sus nuevas y grandotas hermanas no lo destrozasen de un pisotón, decidió llenarse los bolsillos de polvo de estrellas.

Aún así seguía siendo tan diminuto que sus orgullosas vecinas, cuando se hacía de noche y se asomaban al cielo para ver la tierra y coquetear con los hombres, a él nunca lo dejaban asomarse...

-Anda pequeñajo, aparta de ahí, ¿tú crees que, con lo chico que eres, se van a fijar en ti? ¡Vete! ¡Vete! Cuando seas mayor, entonces te permitiremos asomarte a la tierra, pero ahora... ¡Largo de aquí!

¿Sabéis por qué pasaba esto? Es muy fácil. Las estrellas, cuando nace un niño, corren como locas por el cielo, de un lado a otro, hasta que una consigue su objetivo: la primera que se coloca justo encima del recién-nacido, ella será su madrina y marcará para toda la vida el futuro de ese niño.

Así fue pasando algún tiempo hasta que un día vio cómo un halo de hermosura irradiaba desde la tierra. Aquella noche el alboroto que se formó en el cielo era inenarrable, las estrellas centelleaban nerviosamente de un lado

a otro. Todo era locura y empujones.

Nuestro amigo nunca había visto nada igual. Nadie le prestaba atención. Esa era la ocasión que tanto ansiaba para ver la tierra brillar en la hermosura de la noche. Muy despacito, procurando pasar desapercibido, se fue deslizando entre los brazos luminosos de las estrellas. Alguna hasta le dio un pisotón sin darse cuenta ni molestarse en pedirle disculpas.

-Debe ser el niño más hermoso que jamás haya nacido -oyó decir a una de las estrellas más grandotas que correteaban por allí.

Al oír el comentario, el niño lucero no pudo refrenar el deseo de contemplar de cerca al protagonista de tan prodigioso espejismo... Aprovechando un descuido se lanzó a todo correr hacia la tierra para verlo más de cerca.

Tanto, tanto corría, que el polvo de estrellas que había guardado en su bolsillo, comenzó a escapar dejando tras de sí una ráfaga multicolor que abultaba aún más que su propio cuerpo. Ninguna estrella consiguió frenarlo.

Ya distinguía las montañas y los ríos. Incluso algunos pueblos comenzaban a perfilarse a su vista. De nuevo tuvo ocasión de ver su vieja y querida cabaña, recordó el calor de los brazos de su madre, y eso le dio fuerzas para correr aún a más velocidad.

Sintió unos deseos irresistibles de convertirse en la estrella madrina de aquel niño recién-nacido, velaría para que nunca le faltase su madre, como a él le pasó.

A lo lejos le pareció ver cómo unos señores, lujosamente ataviados, contemplaban unos mapas al mismo tiempo que dirigían sus miradas al cielo.

¿Qué buscarían en las estrellas cuando se encontraba entre ellos el más hermoso de los luceros?

Uno de ellos lo señaló al tiempo que hacía extraños gestos a sus compañeros. Estos desviaron un momento su atención de los mapas y comenzaron a discutir nerviosamente entre ellos. El pequeño lucero se sintió orgulloso por ser el centro de atención de señores tan principales y aguzó el oído para tratar de oír su conversación:

-Esa debe ser la señal de que nos hablaron nuestros mayores. Siguiéndola, posiblemente logremos encontrar al recién-nacido.

Al oír la conversación, el niño lucero se sintió sobrecogido por un momento, pero, inmediatamente, decidió arrostrar la responsabilidad que aquellos señores habían depositado sobre sus espaldas. Intrigado por la notoriedad de su ahijado, siguió su camino hacia la pequeña aldea de la que irradiaba tan maravilloso magnetismo.

Ahora su marcha se hizo más reposada. No podía permitir que sus compañeros de viaje se perdiesen en la noche. Incluso de día lanzaba de vez en cuando al aire un puñado de polvo de estrellas para que siguiese marcando el sendero luminoso que guiaba a sus nuevos amigos.

Lentamente, dominando a duras penas su tierno corazón de estrella, se fue aproximando a la humilde cabaña por cuya ventana, como si de un manantial de luz se tratase, manaba sin cesar aquel halo mágico que había inundado el universo. Desde la altura pudo observar cómo aquellos poderosos señores se mostraban cada vez más nerviosos e inquietos, ya habían localizado el lugar que tanto anhelaban.

El niño-lucero no pudo retener más su emoción y se zambulló de golpe en la luz de la ventana. Una joven, casi una niña, tenía entre sus brazos al bebé más lindo jamás soñado.

Llevaba ya un buen rato extasiado, contemplando aquel milagro, cuando vio que sus amigos penetraban en la estancia y, postrándose ante aquel recién-nacido, lo adoraban...

EL GATITO QUE QUISO SER PÁJARO

Cati parecía una gatita normal. Su gran ilusión era como la de todas las gatas pequeñas: jugar, saltar... y tumbarse encima de su amiga Lucía. Dorada y regordeta, tenía unos ojazos redondos y vivarachos. Y sus orejas eran como dos terremotos que nunca acababan de quedarse quietos.

Pero si nos fijamos bien, Cati era distinta a sus hermanas. Cuando Lucía la llevaba al parque, en lugar de corretear detrás de todo lo que se movía, se quedaba extasiada en la falda de su amiga observando admirada a los pájaros que, como fuentecillas traviesas, no dejaban de cantar y piar alegrando las tardes de aquel precioso mes de mayo.

Después, cuando se hacía de noche, toda la atención de Cati se volcaba en la lámpara que había en un rincón de la sala. A su alrededor, cientos de insectos diminutos bailoteaban sin cesar dando pequeñas y simpáticas volteretas en torno a la luz.

Me gustaría tanto volar como ellos, se decía sin dejar de observar sus

ágiles maniobras. Y luego, una sensación de tristeza se apoderaba de Cati, pues mamá gata, al ver su admiración por aquellos volanderos animales, le repetía una y otra vez:

-¿Ves que son bonitos? Pues mucho más bonitos estarán entre tus zarpas cuando seas mayor y los puedas cazar de un salto. Están sabrosísimos.

Cati, que era muy curiosa como todos los pequeños, pasaba muchos ratos en el patio aprendiendo de su mamá mientras ésta daba ágiles saltos y piruetas, a la caza de las pequeñas mariposas que osaban volar a ras del suelo. Incluso algún que otro gorrión había estado a punto de caer en sus garras.

Aquella tarde, mientras jugueteaba en la falda de Lucía, observó que una mariposa, más descarada que la demás, se aproximaba tanto, tanto, a su manita que, instintivamente, dio un zarpazo para alcanzarla, pero...

La pobre Cati todavía se está arrepintiendo de su locura. Con torpeza de principiante su zarpazo fue a dar en la mano de Lucía. Cuando Cati observó que de un dedo de su amiga salían unas gotas de sangre, se puso a lamérselo delicadamente. La niña, que había comenzado a llorar, se contuvo al ver el cariño con que Cati le curaba su herida.

-Ha sido sin querer, ¿verdad? -dijo mientras la acariciaba.

A partir de ese momento, la gata se prometió no volver a sacar nunca jamás esas cosas que le salieron de los dedos, las garras, le dijo su mamá al volver a casa:

-Hija, nosotros, los gatos, tenemos necesidad de usarlas para poder cazar los ratones y otros animales que pueden hacer daño a nuestros amos...

-Entonces, los pájaros no los debemos cazar –dijo, esperanzada, Cati.

-Pero es que están tan sabrosos... –le respondió mamá gata.

Cati no se quedó muy convencida. Con lo buenas que están las sopas de leche que le prepara Lucía... Vaya, que las sopas están muchísimo más sabrosas que los pájaros y que las mariposas, se dijo en un susurro.

Y además, esos animales son muy simpáticos. Y vuelan tan bien...

Cati pasaba las horas mirando al cielo. Gozaba tanto viéndolos volar que llegó un momento en que su gran deseo fue ser un pájaro más.

-Mamá, de mayor, yo quiero ser pájaro –dijo Cati a mamá gata un día que la vio contenta y con ganas de concederle sus caprichos de minina traviesa.

Y yo un tigre, hija –respondió mamá gata-. Tú está loca. Gata has nacido y gata serás.

Pero Cati no abandonaba su gran sueño. Ya se veía volando por encima de los tejados saludando a mamá y a su amiga Lucía desde allá arriba.

No acertaba a saber cómo se vería el parque desde allá arriba. Pero se imaginaba que sería la visión más bonita de cuantas se puedan tener. Y lo más divertido: cuando viniese corriendo un perro, esperaría hasta tenerlo muy cerca, muy cerca, y entonces... ¡ale! ¡A volar!

-Je, je –sonreía mientras imaginaba al perro en el suelo y con tres palmos de narices...

Tendré que pensar en aprender a volar, se dijo. Cati estaba convencida de que eso tenía que ser muy sencillo. Ya ves, se decía, si lo hacen los pájaros,

con lo pequeños que son...

Una tarde se quedó sola en su capacho. Muy despacio, como hacía mamá gata cuando se aproximaba algún perro, fue acercándose a la silla de Lucía, que era la más bajita de todas, e intentó subirse a ella. Pero no pudo alcanzar el asiento a pesar de los muchos saltos que dio.

-Es que como todavía no sé volar...

Comenzó a buscar hasta encontrar una caja de cartón en la que Lucía guardaba los secretos que sólo ellas dos conocían: un ovillo de color, un capuchón de un bolígrafo de color morado, dos cartones con dibujos de gatos...

La empujó con el hocico y comprobó que podía arrastrarla. Así que... pensado y hecho. Acercó la caja hasta la silla de Lucía, y de un par de saltos, pum, a lo alto.

Cati, se acercó algo temerosa al borde, asomó su cabeza, miró hacia abajo y allá, en el fondo, vio el suelo. Le pareció que estaba más alta que nunca. Las manitas le temblaban de la emoción: era su primer vuelo...

Sin pensárselo más Cati se lanzó al vacío... y se dio un coscorrón con la pata de la silla. Pero la verdad es que no le dolió mucho. Al fin y al cabo, ha sido mi primer vuelo, se consoló.

Después de lamerse su dolorido costado, decidió que, por ser el primer día, había superado todas las dificultades.

Mañana seguiremos, se dijo.

Al día siguiente, muy temprano, Cati ya estaba saltando y festejando cada mirada, viniese de donde viniese. Estaba tan alegre y juguetona que la mamá de Lucía, mirando a mamá gata le dijo, no sin cierto orgullo maternal:

-Hoy tenemos a Cati que parece unas castañuelas. Se nota que ya va siendo una gatita independiente...

Y tan independiente... Si ellas supiesen de su aventura nocturna...

Cuando más felices se las prometía comenzaron los problemas.

-Lucía, antes de irte a jugar, sube a la azotea y le pones comida a los canarios, que tu hermano tiene hoy muchas tareas y no puede –dijo mamá.

-¿Me puedo subir a Cati, mamá?

-Bueno, pero ten cuidado que no se vaya a meter en la canariera...

Lucía cogió a su amiga, la puso en el suelo y saltando los escalones de dos en dos subió a la azotea seguida de Cati que, toda ilusionada, pretendía, igualmente, “volar” escaleras arriba.

-¡Vamos Cati! Hoy vas a conocer de cerca los pájaros más bonitos que hay.

Cati saltaba de alegría tras la niña y, dos escalones arriba, uno abajo, la siguió sin dolerse de los coscorrones que, en su alocada carrera, iba dándose en cada escalón.

Nada más abrir la puerta de la azotea Cati se topó de frente con la pajarera más hermosa que os podáis imaginar: amplia, limpiísima y de unos colores tan alegres... Dentro, todo era una fiesta de trinos y vuelos.

Lo primero que hizo fue buscar la puerta para entrar a saludar a sus cantarines habitantes quienes, al percibir su alocada presencia, comenzaron a demostrar una intranquilidad tan bulliciosa que Cati creyó que era de alegría...

Vaya, esto no tiene puertas, dijo en un grito de sorpresa y desilusión.

-Oye –preguntó al canario más valiente que, por veterano y sabio, no se molestó en alejarse de ella- ¿Por dónde se entra en vuestra casa?

El canario miró a Cati entre sorprendido y asustado. ¿Habrase visto gato más desvergonzado? Se preguntó. ¿Pues no quiere que sea yo quien le explique cómo se entra aquí?

-No querrás que te abra yo. O mejor, salgo y me meto en tu linda boquita directamente ¿verdad, gracioso?

Cati no acababa de comprender ese tono desvergonzado del viejo canario.

-Entonces... ¿vosotros no salís a pasear?

-Que te has creído tú eso. Mira chavala, aunque tú y los tuyos estéis siempre al acecho, si supiésemos que hay una forma de escapar de aquí, ¿te crees que íbamos a estar encerrados nada más que para cantarles a nuestros amos? ¡Vamos hombre!

-Entonces... ¿no podéis salir?

-Ni salir, ni entrar –contestó el canario.

Cati quedó muda por un momento. Observó a su ama, vio cómo ésta movía un pestillo y, tras agitar las manos enérgicamente para asustar a los pájaros, introdujo unas vasijas con comida.

Muy seria bajó Cati de su primera expedición al terreno de los pájaros.

En cuanto se encontró con su mamá se acercó muy cariñosa y comenzó a rozarse con ella, metió su cabeza bajo el cuello de mamá y, muy melosa, le dijo:

-Mamá, ya no quiero ser pájaro.

Mamá gata se volvió hacia Cati muy seria. Pensó que algo raro debía de pasarle...

-¿Vaya, ya entraste en razón?

-Sí, mamá, es que he visto que todos los canarios de nuestra ama están presos en la azotea. Y me dan tanta lástima...

Y a mí me dan tanta hambre, pensó mamá gata. Pero se contuvo de decirlo al ver el gesto tan triste de Cati.

-Sí, Cati, no siempre son las cosas como nos gustaría que fuesen. Todo tiene su lado bueno y su lado malo –sentenció.

-Sí, mamá, pero me dan tanta pena... Vaya, que yo prometo no comer nunca jamás ni pájaros ni mariposas. Son tan lindos cuando vuelan libres.

Mamá gata calló y la dejó con sus pensamientos. Desde ese día, Cati se dedicó a vigilar las subidas y bajadas de todos los miembros de la familia hasta que un día...

La gatita, muy silenciosa, se coló entre los pies de Lucía y aprovechó un segundo para esconderse detrás de la chimenea. Cuando se quedó sola, con un gran esfuerzo, logró gatear hasta el pestillo que mantenía presos a sus amigos

los canarios. Con su boca comenzó a empujar hasta que éste cedió. Con un leve chasquido, la puerta quedó entreabierta...

Cati, sabiendo que su presencia despertaba tanta desconfianza entre aquellos nuevos amigos, se descolgó y, separándose de la entrada, la dejó libre...

-Sed felices, amigos –dijo. Y se fue a su capachito.

NINA, LA AMIGA DEL BOSQUE

Huérfana desde el invierno pasado, Nina era la niña más estudiosa de aquella aldea que, perdida en la distancia, reposaba en la ladera del monte junto al bosque más frondoso que os podáis imaginar. Ella, como todos los niños del pueblo, salía a jugar al bosque cada domingo. En él transcurrían las horas más deliciosas de su infancia.

Las leyendas del lugar hablaban de unos duendes misteriosos que deambulan cada día en la soledad de las profundas umbrías que siembran el bosque, pero nadie, nunca, consiguió ver a ninguno de aquellos extraños pobladores.

Y nadie, nunca, oyó que esos misteriosos duendes hubiesen causado daño a niño alguno. Por eso, los padres de los pequeños no sentían el más mínimo temor cuando sus hijos iban allí a jugar. Aunque, eso sí, conocedores

de la frondosa oscuridad que reinaba entre la arboleda, una y otra vez los conminaban a que no se saliesen de los senderos que lo recorrían de uno a otro confín. Deambulando por lugares desconocidos, les decían, podrían perderse entre la floresta.

Pues bien, nuestra amiga Nina, como tantos amiguitos de su colegio, gozaba cada primavera de las maravillosas y soleadas mañanas domingueras jugando y retozando entre los vetustos álamos. Sólo que Nina, inteligente, curiosa e inquieta, no se conformaba con recorrer los lugares más comunes.

A nuestra amiguita le encantaba buscar terrenos sombríos y solitarios en los que dar rienda suelta a su imaginación y a sus recuerdos. En la soledad del bosque llamaba a sus padres y les contaba las cosas del colegio, el trabajo en casa ayudando a la abuelita en sus tareas, las travesuras de su hermanita Eli, quien con apenas dos añitos, era todo un diablillo que alegraba el hogar con sus risa y carreras de un lado a otro de la casa....

Desde las copas más altas, el rumor de las hojas respondía a sus palabras con un susurro que nuestra amiga interpretaba como si fuese la respuesta que sus padres le daban desde el cielo. A veces, hasta se enfadaba y discutía con ellos por haberse ido al cielo tan pronto, olvidando que allí, en el pueblecito, se habían quedado las dos pequeñas solas y al cuidado de su abuelita.

Ésta había hecho de la educación y cuidado de las niñas el único motivo de su vida. Sus consejos y atenciones para que no se notase la ausencia de sus padres eran reconocidos y alabados por todo el pueblo. No obstante, Nina nunca los olvidó y, siempre que podía, hablaba con ellos en su rincón

secreto del bosque. Cuando sea mayor, pensaba, también llevaré allí a mi hermanita para que conozca a papá y mamá.

Ellos las acompañaban desde el cielo junto a su ángel de la guarda y, cuando Nina se ocultaba en el bosque para contarles su aventurillas diarias, la seguían y pedían a las hojas de los árboles que cantasen sus más hermosas canciones. De esa manera, sabría que estaban a su lado.

Así, cada domingo la niña, extasiada ante aquellas maravillosas melodías, sentía cómo los duendes del bosque la abrazaban y regalaban todo su amor. Después de hablar con sus padres, recorría los lugares más solitarios tratando de encontrar a aquellos extraños músicos a los que ya había comenzado a querer como a sus mejores amigos.

Un día la niña se alejó de las zonas más transitadas. Al llegar a un claro del bosque, todo alfombrado de fresca hierba, se sentó en el suelo para contarle a mamá la última travesura de Eli. Luego, esperó un momento la respuesta... Ésta no se hizo esperar. De pronto, oyó el acompasado ritmo de unos pasos de baile que inundaron el lugar con una sinfonía de belleza sin igual. Parecían los pasos de ágiles duendecillos correteando al compás de la brisa que jugueteaba en las copas de los árboles. Atraídos por tales cadencias, los animales salían de sus madrigueras, bailaban, desenfadados y alegres y, jugando al corro, recorrieron los senderos del bosque.

Poco a poco, éste se convirtió en una danza de color. Los árboles movían sus hojas al compás marcado por los duendes. El Sol jugaba por entre los resquicios que las hojas dejaban en su constante bailoteo y las plantas más pequeñas danzaron persiguiendo a los rayos del sol que, alocadamente,

recorrían los rincones nunca antes visitados. Nina, feliz como nunca lo había sido desde que faltaron sus padres, se unió a un corro de ágiles helechos que la llevaban de un sitio a otro.

Las flores, desde su humilde pequeñez, contemplaban aquella locura de cadencias y colores. Sin pensárselo dos veces, cuidando de no ser aplastadas por el torbellino de sus hermanos mayores, pidieron permiso para unirse a la danza.

Las plantas más aromáticas del bosque exhalaban sus embriagantes olores. Las flores se esforzaban por envolver en su perfume a la pequeña Nina mientras ésta, cada vez más feliz, se agachaba y las iba besando de una en una... Las humildes florecillas le respondía con sus balsámicas fragancias y dejaban sobre su delicada piel mínimas partículas de color que embellecían aún más, la hermosura interior de nuestra amiguita.

Los besos de las flores hicieron olvidar a Nina por unos momentos todas sus preocupaciones. Miró al cielo por entre las ramas de los árboles bailarines y una nube pareció dibujar en lo más alto la sonrisa de su madre...

Olores, colores, música, luz... Nina se abrazaba loca de contento a los troncos de los árboles y éstos la envolvían amorosos con sus ramas más jóvenes y flexibles en un tierno abrazo.

Así danzando de árbol en árbol, de claro en claro del bosque, la niña llegó hasta el sendero de vuelta a casa. Al salir, su mirada, abierta y dulce, se dirigió al cielo y como si adivinase quien le había hecho aquel regalo, gritó:

-¡¡¡GRACIASSSSS!!!

Sus padres se miraron felices allá entre las nubes. Sus manos de aire acariciaron, agradecidas, a las brisas del bosque por el regalo que acababan de hacer a su niña. Algún día, esperaban, la pequeña Eli vendría a hablar con ellos y, también a ella, le harían el regalo de su música celestial.

LA PRIMAVERA DE ANITA

Anita llevaba dos meses sin poder salir a la calle. Fue después de Navidad, una mañana, cuando iba camino del colegio, sintió como el frío entraba hasta lo más profundo de su frágil cuerpecito. Al llegar al colegio, la maestra notó que algo sucedía a la niña: vio cómo su carita presentaba un color más pálido que de costumbre.

Será el frío de la mañana, pensó.

Pasó una hora. La sonrisa de Anita seguía helada en su rostro. La maestra, preocupada, le preguntó:

-Anita, ¿estás enferma?

-No, sólo tengo un poco de frío.

La maestra siguió con sus tareas, aunque no dejaba de observar a la pequeña. Su mirada le parecía tan triste...

Poco antes del recreo, la maestra, viendo que Anita seguía sin entrar en calor, y como su rostro estaba cada vez más pálido, se decidió. Llamó a su madre y le pidió que viniese al colegio por la niña.

Quince minutos después llegó la madre de Anita a recogerla. Desde entonces Anita no había vuelto al colegio. Primero fue un gravísimo enfriamiento, luego, la necesidad de un largo reposo la mantuvo postrada en cama más de un mes.

Los días transcurrían tristes y Anita, enclaustrada en su dormitorio mientras sus padres salían al trabajo, pasaba las mañanas sola en casa. La maestra llamó varias veces para ofrecerse a llevarle las tareas del curso con el fin de que no quedase totalmente desconectada del colegio y de las materias más importantes.

Sin embargo, una y otra vez, Anita decía que no lo necesitaba. A continuación, guardaba un mutismo total y no daba más explicaciones.

La madre y la maestra se mostraban muy preocupadas ante el aparente desinterés de Anita por las tareas escolares. Sin embargo, comprendiendo la debilidad que a lo largo de todo aquel tiempo había mostrado nuestra amiga, no insistían demasiado.

Ya mejorará y volverá a mostrar interés por sus estudios, pensaban. Afortunadamente, para alegría de los padres, sus amigas rompían la soledad de Anita cada fin de semana y alegraban con sus gritos y bromas la habitación de la niña. Venían con sus carpetas cargadas de material que ocultaban a los ojos de los mayores y, con pícara sonrisa, escamoteaban cada vez que éstos intentaban curiosear dentro.

Pasó algo más de un mes. Anita comenzó a recuperar el color de su rostro y la sonrisa. Aún pálida por su prolongado encierro, salía, de vez en cuando, a la terraza de su habitación a disfrutar de las tardes soleadas que anunciaban la proximidad de la primavera.

Nuestra amiga, que, por cierto, había dado un estirón tan grande que toda la ropa se le quedó pequeña, fue restableciéndose y recuperando la alegría...

-Y el peso –decía su madre, satisfecha cada vez que la veía comer con tanto apetito como antes de caer enferma.

Los padres de la niña, no obstante, estaban intrigados por una cosa: Anita seguía ocultando celosamente sus “documentos secretos” y, al mismo tiempo, no cesaba de decir a sus padres que no se preocupasen por los temas del colegio.

En los últimos días de su enfermedad, cuando el médico autorizó a Anita a salir a dar un paseo por el parque, la niña, tomaba del escritorio de su cuarto los “documentos secretos” y se los llevaba consigo aumentando más, si cabe, la intriga de sus padres. Tanto es así que, incluso, llegaron a consultarlo con la maestra.

-No se preocupen ustedes –les dijo la maestra-. Sus amiguitas me han dicho que se encuentra muy animada y feliz. Ellas insisten también en que cuando Anita se incorpore a la clase, recuperará todo el tiempo perdido mucho antes de lo que nos creemos.

-Algo se traen entre manos con sus secretos. Lo hemos notado desde el primer día –respondió su madre-. Nos tienen intrigadas estas niñas.

Por fin llegó el día en que Anita fue a la revisión médica. Aquella mañana su madre tuvo que ir urgentemente a comprarle ropa nueva: todo se le había quedado pequeño.

-Toda la ropa se te ha quedado pequeña. Pequeña y nueva, es una pena.

Sin embargo, la sonrisa de complacencia de mamá parecía indicar todo

lo contrario que sus palabras. Cada queja de que una prenda se le había quedado pequeña iba acompañada de un beso y un abrazo.

Camino de la consulta, madre e hija desfilaban ante cada escaparate, en un peregrinaje sin prisas, alegre, y tan festivo, que más parecía que fuesen a merendar a la mejor de las heladerías...

-Mamá, ¿me vas a permitir que invite a mis amigas a merendar en casa?

-Claro, hija. Pero no olvides que ya se acabó el descanso escolar. Hay que ponerse al día y trabajar para recuperar todo el tiempo perdido...

-Antes de que te des cuenta, verás cómo lo he conseguido –respondió Anita con una sonrisa.

Cuando volvieron a casa, después de ordenar toda su habitación, Anita preparó la carpeta y todo el material escolar. La niña seguía ocultando la carpeta de “documentos secretos” como si fuese el don más preciado, así que la madre decidió seguir el juego a su hija y abandonó la idea de intentar averiguar el contenido de aquellos dichosos documentos.

-Mamá, ¿puedo salir un momento a comprar lápices? Los necesito para mañana.

-Bueno, pero no te entretengas demasiado.

-Y cuando vuelva, invito a mis amigas a merendar en casa, ¿vale?

La merienda transcurrió plena de alegría. Tanto Anita como sus felices amigas, rebosaban una vitalidad sin límites. Antes de retirar la vajilla, nuestra amiga fue a su habitación, tomó los “documentos secretos” se sentó entre sus amigas y llamó a su madre:

-Mamá, como el domingo es el día de tu santo y yo he estado mucho tiempo enferma, no te he podido comprar un regalo, así que con la ayuda de

mis amigas, te hago el mejor obsequio que he podido preparar. Pero no te lo puedes quedar, tengo que llevármelo el lunes al colegio. ¿Lo aceptas?

-Claro, hija.

Anita abrió la carpeta de “documentos secretos”: allí estaban todas las tareas escolares de aquellos dos meses.

Su madre, orgullosa y con unas lágrimas escapadas furtivamente, respondió:

-Gracias, Anita, es el mejor regalo que me has hecho jamás.

LA NIÑA QUE SE HIZO AMIGA DE LA LUNA

Cuentan que hace mucho, mucho tiempo, vivía en el País de la Sombra un niño que, por ser blanco, era tan blanco como la leche. Su padre, uno de los señores más ricos del lugar, había acudido a todos los médicos y curanderos de la comarca. Incluso había recorrido los lugares más alejados en busca de una cura para su niño que, conforme iba pasando el tiempo se volvía cada vez más pálido y ojeroso.

Vinieron gentes de todos los lugares, ensayaron sus productos milagrosos, intentaron curar aquella hermosa y triste blancura por todos los medios posibles. Pero ni oraciones ni medicinas lograron poner en su hermoso rostro el más mínimo tono de color.

Debéis saber que aquel país se llamaba así porque allí siempre era de noche. Sólo las estrellas iluminaban los campos con una luz tan tenue que apenas dejaba vislumbrar el rostro de las personas. Pero, eso sí, como los

árboles siempre buscan la luz, crecían tanto, tanto, que sus copas no alcanzaban a verse desde el suelo. Y allí, muy arriba, junto a las estrellas, unos rayos dorados escapaban de las hojas más altas de los árboles que, como gotas de lluvia, lanzaban cada día sus breves colores sobre la tierra.

Continuando con nuestra historia, os diré que el padre de Quico, que así se llamaba nuestro protagonista, hizo publicar un bando en el que prometía un saco de oro a quien consiguiese devolver un poco de color al rostro de su hijo.

La noticia se extendió hasta los confines del País de la Sombra. Muchos ciudadanos acudieron al calor de la noticia e intentaron, con sus trucos, llevar un poco de color al rostro de Quico. Pero nada conseguían sino la desesperación de aquella familia que todo lo poseía. Todo menos la felicidad.

Pasaron los días, las semanas, los meses... nadie consiguió que aquella carita tomase un poco de color, ni siquiera el suave rosado de las pieles delicadas conseguía posarse sobre la suya. Hubo quien intentó poner color en su rostro con pinturas indelebles. Los más extraños artificios e inventos fueron experimentados por los aprendices de brujos que, tras el olor del oro prometido, volcaron su imaginación en pos de aquel desafío... Pero nada. Apenas pasaban unos días la piel de Quico, recuperaba sus pálidos tonos sin remisión alguna.

En esto, la noticia llegó a oídos de una niña que vivía en los confines del país, muy cerca de las montañas. Lía se llamaba. La niña sintió mucha pena por Quico, y tras mucho pensar, una mañana, que Lía observó cómo las montañas se coronaban del dorado color de las copas de los árboles, pensó que si los árboles y las montañas eran capaces de captar aquellos hermosos tonos,

también el rostro de los niños podrían conseguirlo.

-Iré a los árboles, les preguntaré, y ellos, que nos dan su fruto, seguro que también me darán el secreto de su hermoso color.

Así lo hizo. Se acercó a uno de ellos, el más frondoso, aquél que todas las tardes regaba su jardín con los rayos tornasolados de sus hojas venidas desde la infinita altura.

-Dime arbolito, tú que sabes el secreto del color, ¿serías tan amable de contármelo?

-¿Y para qué quieres saberlo? –respondió el árbol.

-Es que hay un niño, allá en la llanura, pálido como la luz de las estrellas, que está enfermito, y quiero ayudarlo.

-¿Y qué te darán a cambio?

-Un saco de pepitas de oro para mi mamá, pero a mí eso no me importa. Lo que quiero es ayudarlo para que sea tan feliz como yo.

El árbol, enternecido por la respuesta de la niña, se quedó muy triste. Pues aunque su copa se doraba todos los días, su color apenas persistía unos minutos. Así pues, nada conseguiría, sino entristecer cada vez más al niño cuando viese que de nuevo volvía la palidez a su rostro.

-Mira -le respondió-, yo no puedo darte el secreto del color. Sólo te podría dejar un poco de dorado que apenas sería suficiente para un par de días, pero la montaña sí que podrá ayudarte, ella es más alta que yo y su color mucho más intenso. Fíjate que, muchos días, hasta consigue dorar el cielo y apagar el

fulgor de las estrellas que caminan por sus cumbres.

Después de oír aquellas palabras, Lía fue a casa, le pidió a su madre un hatillo con comida y solicitó permiso para ir a la montaña.

-¿Para qué quieres ir a la montaña?

-Mamá -dijo la niña-, el árbol me ha dicho que la montaña posee el secreto del color. Si me lo dice, podremos ayudar a Quico y llevar un poco de felicidad a su hogar.

-¿No será por el saco de pepitas de oro?

-Bueno, si me lo regalan, será para ti, pero yo sólo deseo que Quico sea tan feliz como nosotros, mamá.

La madre de Lía, que en principio no pensaba dejarla ir, al oír la respuesta sintió cómo unas lágrimas escapaban de sus ojos y, muy orgullosa por la bondad de la niña, la autorizó a marchar a la montaña.

-Bueno, estoy segura de que tu buen corazón te ayudará en la empresa. Pero no te distraigas con otras cosas. Piensa que en la montaña puede haber animales peligrosos que te harían daño. Ten mucho cuidado y no abandones los caminos.

-Sí, mamá. No te preocupes. En cuanto la montaña me dé el secreto del color volveré corriendo a casa para regalárselo a Quico.

Y Lía, con su hatillo al hombro, emprendió la marcha camino de la cumbre más alta de la montaña. Por el sendero iba cantando feliz y no dejaba de pensar en ese niño al que aún no conocía. Le daré el secreto del color y seremos amiguitos, se decía mientras caminaba.

-¿Dónde vas, niña? -le preguntaban todas las plantas y los animalitos que habitaban en la falda de la montaña.

-Voy a la cumbre de la montaña para que me cuente el secreto del color.

Respondía una y otra vez.

-¿Y para qué quieres saberlo?

-Es que hay un niño, allá en la llanura, pálido como la luz de las estrellas, que está enfermito y quiero ayudarlo.

-¿Y qué te darán a cambio?

-Un saco de pepitas de oro para mi mamá -era, invariablemente, la respuesta de la niña-, pero a mí eso no me importa. Lo que quiero es ayudarlo para que sea tan feliz como yo.

Ante aquella respuesta, todos la dejaban pasar y le regalaban sus dones: una flor de hermosos colores para sus mejillas, unas hierbas aromáticas para la piel, una diadema de perlitas de hielo para el cabello, un tarrito de leche y azúcar para alimentarse...

Así, pasito a paso, Lía llegó hasta la cumbre más alta de la montaña. Una extraña y maravillosa luz brillaba allá, muy lejos, en lo más alto del cielo, pero era tan blanca, tan blanca, que pensó que no le serviría para el color de Quico.

Entonces, se dirigió a la montaña y le preguntó:

-Dime montañita, tú que sabes el secreto del color, ¿serías tan amable de contármelo?

-¿Y para qué quieres saberlo? –respondió la montaña.

-Es que hay un niño, allá en la llanura, pálido como la luz de las estrellas, que está enfermito y quiero ayudarlo.

-¿Y qué te darán a cambio?

-Un saco de pepitas de oro para mi mamá, pero a mí eso no me importa. Lo que quiero es ayudarle para que sea tan feliz como yo.

La montaña, enternecida por la respuesta de la niña, se quedó muy triste. Pues aunque su cumbre se doraba todos los días, era tan poco el color que tenía que apenas sería suficiente. Además, pensó la montaña, mi dorado es tan fugaz que nada conseguiría sino entristecer cada vez más al niño cuando viese que de nuevo volvía la palidez a su rostro.

-Mira -le respondió-, yo no puedo darte el secreto del color. Sólo te podría dejar un poco de dorado que apenas será suficiente para un par de semanas, pero el Sol sí podrá ayudarte. Él es más alto que yo y su color, a pesar de su inmensa blancura, es mucho más intenso.

-¿Y cómo me dará su color el Sol? -preguntó la niña.

-Él no puede ir a tu país, pues su luz y su calor son tan intensos que lo destruirían, pero si esperas un ratito, el Sol se marchará por el horizonte y vendrá su amiga la Luna que es mucho más suave. Si se lo pides, ella se marchará contigo, se mezclará con las estrellas y cada día le pedirá al Sol un poquito de su luz.

Lía sacó todos los regalos que le habían dado sus amigos de la montaña y los puso a su lado. Se sentó en el suelo y esperó un rato mientras el Sol se iba ocultando lentamente en el horizonte, como le había dicho la montaña.

Al cabo de un rato se hizo tan oscuro como en el país de la sombra. De pronto una luz blanca y suave apareció sobre la montaña. Lía se quedó

admirada ante tanta belleza y, sin dudarle, se dijo que esa debía ser la Luna.

-Dime Lunita, tú que sabes el secreto del color, ¿serías tan amable de contármelo? Si me lo dices, te obsequiaré con todas estas cosas que me han regalado mis amiguitos de la montaña.

-¿Y para qué quieres saberlo? –respondió la Luna.

-Es que hay un niño, allá en la llanura, pálido como la luz de las estrellas, que está enfermito y quiero ayudarlo.

-¿Y qué te darán a cambio?

-Un saco de pepitas de oro para mi mamá, pero a mí eso no me importa. Lo que quiero es ayudarlo para que sea tan feliz como yo.

La Luna, enternecida por la respuesta de Lía, se puso muy contenta de ver el corazón tan delicado de aquella dulce niñita y le respondió.

-Espera un momento que me despida del Sol. Iré contigo al país de la sombra y a partir de mañana estaré con vosotros todos los días un ratito para haceros un poco más felices y jugar con vuestras estrellas.

La Luna se escondió detrás de una nube y le pidió al Sol un puñadito de color dorado.

Luego cogió a la niña de la mano y se encaminaron al pueblo de Quico. Poco antes de llegar, dijo la Luna la niña:

-Toma este saquito y cuando llegues a casa de tu amigo, le lavas la cara con el color que encontrarás en él. Su piel tomará un precioso color rosado que ya nunca se borrará. Yo esperaré escondida tras las copas de los árboles.

Así lo hizo Lía. Llegó al pueblo, preguntó por la casa de Quico y todos le decían:

-¿Tú también vienes por el saco de pepitas de oro? ¡Qué sabrás tú tan pequeñaja!

-Si me regalan el saco de pepitas de oro será para mi mamá, pero a mí eso no me importa. Lo que quiero es ayudarle para que sea tan feliz como yo.

Aquella manera de responder gustó a quienes le preguntaban. Los vecinos pensaron que, aunque no pudiese lograr que el niño cobrase ese color tan preciado, al menos Lía lo iba a intentar con todo su cariño.

Pero cual no sería la sorpresa que se apoderó del pueblo cuando vieron que, efectivamente, al lavar la niña la cara de Quico con el contenido de aquel saquito que le regaló la Luna, su rostro adquirió un tibio color rosado que irradiaba salud y alegría por todo el hogar.

Fue tanta la algarabía que se formó en el pueblo que la Luna se asomó a verlo y, sin pretenderlo, iluminó todo el país con su fresca luz plateada. Todo el pueblo la saludó con tanta alegría que la Luna se consideró el astro más feliz de la creación.

A partir de entonces, la Luna, que por el camino se había hecho muy amiga de Lía, decidió que, en adelante, mientras el Sol paseaba por la tierra, ella vendría, todos los días, al País de la Sombra para disfrutar de la compañía de sus nuevos amigos.

LA GUERRA DE DANI

Dani es un niño normal. Dani, como todos los niños de su edad, tiene, además de un balón y una bicicleta, un cajón lleno de juguetes en el que esconde los más sorprendentes cacharros. Algunos de ellos, incluso, se encuentran ya perdidos en el olvido desde su más tierna infancia.

Uno de sus juguetes preferidos era la escopeta de corcho que, al disparar, hacía un ruido similar al de las escopetas de verdad. Y, de noche, hasta se veía una pequeña lengua de fuego. Ni qué decir tiene que esta mínima llamarada hizo más de una vez las delicias de sus amigos cuando, encerrados en su cuarto, apagaban todas las luces para verla mejor.

Dani solía jugar a la guerra con los amigos del colegio. Lo pasaban fabulosamente bien, pues debéis saber que nuestro amiguito vive en una pequeña aldea, perdida entre montañas y riachuelos. Sus batallas encontraban en aquellos parajes un lugar ideal para correr, saltar de una orilla a otra del arroyuelo, esconderse en las trincheras improvisadas con dos pedruscos detrás de un viejo árbol carcomido, escalar peñascos que, en sus mentes inocentes, se trocaban en abruptas montañas...

Ni siquiera para vestirse de camuflaje encontraban el más mínimo problema:

-Arrancamos un par de matojos y un puñado de hierbas para hacernos un gorro.

Con él se asomaban por encima de las retamas y veían perfectamente al enemigo sin que éste se percatase de su presencia...

Cuando sucedió nuestra historia, la primavera estaba tomando posesión de aquellos paisajes. La nieve dejaba paso, lentamente, al verdor de las hierbecillas que comenzaron tímidamente a manchar el blanco e immaculado paisaje. El calorcito de un sol radiante aprovechaba la limpieza del aire para enviar su leve ardor de manera engañosa. Los inocentes rostros de Dani y sus amigos tenían ya unos tonos colorados y sanos que eran la envidia y el orgullo de sus mamás.

El sábado los dos “bandos enemigos” gozaron de lo lindo durante toda la tarde, hasta que el sol, agotado, decidió abandonar aquellos parajes en busca de lugares menos umbríos en los que seguir empleando sus aún débiles fuerzas.

Como tantas otras veces la batalla terminó cuando, a lo lejos, oyó la voz de su hermano que venía con la buena nueva:

-¡Daniiii! ¡La merienda...!

La guerra entró automáticamente en un armisticio que, como de costumbre, suspendía las hostilidades entre la alegría de los contendientes. Los chiquillos hicieron un alto con el fin de reponer fuerzas antes de reiniciar la incruenta e inocente lucha.

Al anochecer, cuando Dani entró en casa, el padre leía la prensa. Su

rostro, naturalmente risueño, evidenciaba una profunda preocupación.

-Esto será un desastre –comentó en voz baja mientras sus ojos se posaron en el arma inocente dormida en brazos de Dani.

-Las guerras... –musitó su madre- sabemos cuando comienzan, pero nunca cuando acabarán.

-¿Vamos a tener una guerra? –fueron las palabras de Dani, alborozado al oír a su madre-. Yo quiero ser un soldado. Seré el más valiente de mi ejército...

-Prefiero un hijo cobarde antes que un hijo muerto –confesó su madre con sinceridad.

-No hijo. No habrá guerra –intervino su padre-. Esperemos que la sensatez se imponga a la soberbia y la locura de algunos gobernantes.

-Y si ganamos... ¿no seremos más poderosos y más ricos, papá?

-No, hijo; de una guerra todos saldremos más pobres. Sólo el odio y el rencor triunfan en ella...

Dani, que no quedó muy convencido de aquellas palabras, se enfrascó en sus tareas escolares mientras penetraban en sus inocentes oídos las incomprensibles palabras, huecas y altisonantes, que surgían del receptor de televisión.

Era una alocución huera y ampulosa de alguien que, a juicio de su padre, no iba a jugarse ni vida ni hacienda. Palabras de guerra, negras como pájaros de mal agüero, inundaron la habitación.

Imágenes de aviones, barcos, carros de combate y todo tipo de armamento desfilaron ante la mesa durante la cena más tristes que el niño había conocido en su vida.

-Vamos, a dormir, que mañana hay que ir a la huerta. Debemos levantarnos tempranito para que no nos coja mucho calor -rogó su padre.

Dani apenas pudo conciliar el sueño esa noche, daba vueltas y vueltas hasta que... Un silbido atronador se apoderó de la oscuridad. Sus gritos, desgarrados, se perdieron entre el resonar de las detonaciones. Sólo un eco ensordecedor respondía a su desesperación.

El muchacho intentó levantarse, encender la luz, correr hacia el dormitorio de sus padres... Imposible. El pavor paralizaba todo su cuerpo.

Tras unos momentos de silencio, un destello estremecedor sucedió a aquellos primeros instantes de terror. Dani había cerrado los ojos aturdido por la luz cegadora que invadió su dormitorio.

Parecía como si las paredes se hubiesen convertido en transparentes pantallas incapaces de frenar aquella tormenta de ígneos colores. Inmensas llamaradas anunciaban un fuego destructor que se apoderó de todo el pueblo.

Cayeron sobre su cuerpo cascotes, trozos de muebles, ropa... Y luego, un ruido ronco, eterno y aterrador... Dani se hundió en una pesadilla hipnótica, sentía su cuerpo sumido en una oscura sima de tinieblas y gritos. Estos rebotaron en las paredes, subían y bajaban desde los más profundos abismos hasta la luna negra, preñada de rojizos colores que, mortecina, brillaba entre las brumas.

Pasaron largas horas. Una luz pálida, ensombrecida por extraños olores a azufre, fuego y muerte, fue abriéndose paso entre la oscuridad de la noche... Dani intentó levantarse. Sus piernas parecían más pesadas que nunca. Realizó un esfuerzo supremo y extendiendo una pierna fuera de la cama, trató de erguir su cuerpo...

-¡Mis piernas! ¡He perdido mis piernas!

Lloró desesperadamente. Sólo el silencio respondía a sus llantos.

Fatigosamente Dani se arrastró hasta el dormitorio de sus padres. Allí sólo encontró un inmenso espacio vacío y, al fondo, los restos del pijama que su padre usara la noche anterior. Algo más allá, un reloj de pulsera destrozado y sin hora...

Las últimas energías de su cuerpecillo debilitado y exánime le sirvieron para llegar hasta la alcoba de su hermano: nada.

La soledad y la desesperación se apoderaron de su corazón que, lentamente, se sumergía en un pesado sueño.

Entre sollozos y gemidos, Dani llamó a sus padres.

De nuevo, el silencio...

En unos segundos su vida se convirtió en espuma vacía que flotaba en un mundo en guerra, un mundo convertido en basura, dolor y tristeza. Eso es la guerra: basura, dolor, tristeza y muerte. Pero una muerte de verdad, una muerte definitiva y distinta de aquella que tantas veces ha vivido en sus guerras por los verdes prados, hoy regados de sangre y fuego.

Luego...

Soñó. Soñó que la calle recuperaba la oscuridad de su pacífica noche primaveral.

Soñó que allí, al otro lado del pasillo se oía el rumor de las voces de sus padres.

Soñó que las piernas volvían a moverse obedientes a sus órdenes...

Soñó que la primavera volvía a sembrar los campos de vida y color...

Soñó que los pájaros, con sus cantos, vencían aquel horrísono estallido de bombas.

Soñó que los gritos de dolor daban paso al canto de un gallo que, en la lejanía, rompía el cálido silencio del amanecer...

Soñó que sus alas estallaban en un cielo azul del que habían desaparecido humos y olores de guerra...

De nuevo el silencio. Agotado por todo lo que en tan breve y eterna noche ha vivido, Dani cae en un reparador sueño del que le despertará una mano cariñosamente apoyada en su hombro.

-Dani...

-¡Papá! -gritó nuestro amigo mientras unas lágrimas de felicidad brillaban en sus ojos.

Después del desayuno Dani emprendió junto a su padre el camino de la huerta. A sus espaldas llevaba una mochila. Cuando llegaron a la huerta, Dani cogió decididamente una azada, y dirigiéndose a uno de los árboles que crecen

a la orilla del riachuelo. Cavó un agujero. Sacó su escopeta de juguete, la depositó en el fondo y, cuidadosamente, tratando de borrar cualquier huella, lo cerró de nuevo.

E L P I O J O Y L A P U L G A

Cuentan las historias que en un lejano país, allí donde las nubes se unen con el suelo y el mar se hace cielo, un piojo, joven y bien educado, estaba ya tan cansado de saltar y saltar de un lugar a otro, de una cabeza a otra, que decidió sentar la suya propia y convertirse en un pacífico y tranquilo padre de familia.

Pero... ¿con quién contraería matrimonio nuestro joven amigo? No era tarea fácil. Pues sabido es que, por su carácter algo picante y su propensión a andar siempre oculto en los bosques pilosos de esos animales grandotes que llaman mamíferos, los piojos no suelen tener buenos amigos.

El caso es que, impulsado por esta idea, decidió recorrer el mundo en busca de la esposa ideal.

Me casaré con aquella chica, hacendosa, limpia y trabajadora, que consiga hacer de mi hogar el rincón más agradable del mundo. De esa manera –se decía-, nunca más incordiaré al hombre ni a los demás animales. Y dejarán de perseguirme como al mal compañero que dicen que soy.

Tal y como lo pensó, lo hizo. Cogió sus bártulos y comenzó a recorrer el mundo en busca de la esposa ideal... Un día llegó hasta la barriga de un chucho callejero. Allí observó, sorprendido, cómo una pulga saltaba y

brincaba con pasmosa agilidad de un lugar a otro de la barriga del sufrido chucho esquivando sus dentelladas.

Prendado de la agilidad de su vecina, le declaró su amor y admiración. La pulga, muy halagada, respondió con un “sí” tan fuerte, tan fuerte, que hasta el perro se quedó quieto unos momentos creyendo que un nuevo dueño intentaba llamar su atención.

Nuestros amigos aprovecharon la momentánea quietud de su vivienda para abandonarla y refugiarse en un rincón, dentro de la orejita de un precioso caniche que pasaba por allí. Muy quietecitos, para que su suntuoso hogar no advirtiese la presencia de nuevos inquilinos, comenzaron a planear su futuro.

Así pasearon un buen rato a lomos de su preciosa y mullida vivienda. Claro que, todo hay que decirlo, aquel nuevo hogar de lujo tenía sus inconvenientes: en cuanto llegaron a casa, la dueña se dirigió al lindo perrito para comunicarle que había llegado la hora del aseo diario:

-Vamos al baño, “Blondy” –anunció la dueña.

Nuestros amigos, advertidos a tiempo de lo que se avecinaba, tuvieron el tiempo justo para abandonar tan señorial y seductora vivienda.

Decididos a buscar un lugar seguro y definitivo, recordaron que alguien les había hablado de una selva lejana y misteriosa que existía allá por los confines del mundo: el País del Rojo Atardecer.

-Cuando nos casemos, nos iremos al País del Rojo Atardecer. Allí los ríos bajan de color sangre y sus aguas nos alimentarán sin necesidad de que tengamos que molestar a ningún animal –propuso la pulga.

Feliz ante la idea de no tener que pasar la vida en continuo salto y sobresalto, el piojo asintió entusiasmado e, inmediatamente, pusieron manos a la obra para celebrar su matrimonio.

-Invitaremos a todos los amigos del bosque y, como regalo, ellos nos ayudarán a encontrar ese fabuloso país -respondió el piojo.

Nuestro inquieto amiguito daba brincos de felicidad mostrando su entusiasmo ante la idea de que, en adelante, ya no tendría que estar huyendo de esas mamás tan incordiantes que lo perseguían con ahínco cada vez que quería alimentarse de la dulce sangre de un niño.

-Además, con tanta limpieza y tanta higiene, cada vez andamos más escasos de alimentos en este pueblo –remachó la pulga.

Después de un largo rato de amorosa conversación y de discutir proyectos de futuro para su vida, pusieron manos a la obra con el fin de preparar la ceremonia de su boda. Y, como eran más bien pobres, se pusieron a cavilar sobre la manera de conseguir los manjares necesarios para el banquete nupcial.

-Yo pondré el pan –se ofreció gustosa la hormiga.

La laboriosa hormiguita que, como sabéis, se alimenta muchas veces de la miel que le regala el goloso pulgón, uno de los primos mayores de la pulga, pensó que debía responder a la generosidad que con ella tenía el pariente de la novia.

Así que, muy diligente, y en unión de todas sus paisanas de hormiguero, se dirigió a la alacena de la casa humana en que vivía para

recoger un poco de ese pan que allí tanto sobraba y acababa rodando por el suelo...

A todo esto, otro de los invitados, un lobo que andaba por el bosque, animado ante la posibilidad de librarse de un par de molestos vecinos, interrumpió la conversación y se ofreció muy gustosamente:

-Yo os regalaré toda la carne para el banquete –se ofreció.

Y con mucho cuidado, para que nadie supiese dónde estaba su despensa, fue por uno de los trozos de carne más jugosos de la secreta bodega en que guardaba el producto sobrante de sus cacerías.

-¡Albricias! –gritó la pulga saltando de alegría.

-Tenemos carne y pan para el banquete –ratificó el piojo que ya se veía libre de la presencia de los molestos y peligrosos humanos con su continua pasión por la higiene.

Nunca he visto animal tan molesto como el hombre, pensó el pobre piojo en voz alta.

-Sobre todo, los niños, que hay que ver cómo se rascan a la más mínima picada -corroboró el juicio del novio la inquieta pulguita.

-Pues un poco de vino no vendría mal –dijo el piojo soñando con una gran tina del rojo licor.

-¡Adelante con la boda, amigos! El vino lo pongo yo –se ofreció gentilmente un mosquito bodeguero.

El simpático volandero pensó que, si se libraba de ellos, los ratones de

la bodega estarían mucho más tranquilos y dejarían de perseguirlo engañados por su parecido con la pulga...

-¡Alegría, alegría! –gritó feliz el piojo- ya tenemos vino.

-Pues ahora, no vendría mal un poco de música –comentó la pulga, siempre envidiosa de bodas tan sonadas como la de la cigarra y el grillo, por poner un ejemplo.

El jilguero, harto de limpiar con su pico plumitas y plumones se ofreció gustoso con tal de alejar para siempre de su cálido nidito a tan molestos vecinos:

-Tranquilos, pequeños, de felicidad, yo saldré a cantar.

Y seguro de la placidez que supondría para sus hijitos y los de sus colegas los cantores del bosque el alejamiento de aquellos molestos vecinos, ofreció una actuación de los más selectos músicos del momento:

-Llamaré, para que me acompañen, al mirlo negro, al canario y al petirrojo. Será la orquesta más afamada de todo el bosque.

-Aplaudieron, entusiasmados, todos los animales del bosque hasta que el piojo, meditabundo, acalló el griterío y dijo:

-Y si ya tenemos música, ¿quién nos bailará?

Los monos, desde las copas de los árboles que rodeaban la asamblea de invitados, bailaron hasta caer agotados ante la admiración de los presentes. Al fin y al cabo, pensaron los simios, ya estamos agotados de estar horas y horas espulgando a nuestros pequeños.

-Nosotros bailaremos hasta el amanecer –se ofrecieron contentos ante la idea de perder de vista a tan fastidiosos vecinos.

Como ya todo estaba preparado para el festín, y nadie, ni invitados ni contrayentes, tenía interés en retasar el acontecimiento, se hicieron rápidamente los preparativos para el rito nupcial.

Para el evento, los novios invitaron como oficiante al ceremonioso cuervo que, para tal ocasión, sacó brillo a su negro y elegante plumaje hasta dejarlo de un color azabache azulado que resplandecía bajo los rayos del Sol. Todos los invitados celebraron su solemne figura con grandes aspavientos mientras su voz, pomposa y solemne, pronunciaba las fórmulas oficiales.

El banquete reunió en un profundo claro del bosque a todos los animales. Desde el pequeño verderón, hasta el campanudo ciervo celebraban, casi con tanta felicidad como los contrayentes, aquel feliz enlace matrimonial.

Sólo faltaba que llegase la carroza nupcial, arrastrada por dos parejas de falaropos picofino que, de paso hacia las cálidas tierras de las islas oceánicas se ofrecieron a realizar el, por todos ansiado, viaje nupcial.

Y, nunca mejor dicho, todos, toditos los animales del bosque, incluidos los contrayentes, fueron felices y comieron... de todo menos perdices.

